

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA

La Cuaresma a menudo exhibe la tensión entre quiénes somos y quienes estamos aprendiendo a ser. Para los hijos adultos de hogares disfuncionales, el crecimiento puede percibirse como irregular. Puede haber momentos de claridad en los que reconocemos patrones poco saludables y vislumbramos una nueva forma de vivir. Luego volvemos a entornos familiares donde resurgen los viejos instintos. La recuperación nos enseña que el progreso no se mide por la perfección, sino por la disposición continua.

El Evangelio de este domingo presenta la Transfiguración, un momento en el que Jesús revela su gloria a Pedro, Santiago y Juan, antes de que desciendan del monte y sigan el camino hacia la cruz (Mateo 17:1-5):

Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, el hermano de éste, y los hizo subir a solas con él a un monte elevado. Ahí se transfiguró en su presencia: su rostro se puso resplandeciente como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la nieve. De pronto aparecieron ante ellos Moisés y Elías, conversando con Jesús. Entonces Pedro le dijo a Jesús: “Señor, ¡qué bueno sería quedarnos aquí! Si quieres, haremos aquí tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Cuando aún estaba hablando, una nube luminosa los cubrió y de ella salió una voz que decía: “Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias; escúchenlo.”

Pedro quiere quedarse en el monte. Quiere conservar la experiencia de la luz y la certeza. Para los hijos adultos, este deseo puede reflejar nuestro anhelo de seguridad y estabilidad. Cuando se toma consciencia o experimentamos

claridad emocional, puede ser que queramos aferrarnos a ella con fuerza. Sin embargo, crecer requiere volver a la vida ordinaria con esa visión clara.

La voz de la nube no indica a los discípulos que construyan tiendas. Les llama a escuchar. La recuperación para los hijos adultos suele centrarse en reaprender a escuchar: a Dios, a una comunidad saludable y a nuestra propia experiencia interna. Muchos de nosotros fuimos condicionados a ignorar nuestros sentimientos o anular nuestras necesidades. Escuchar puede resultar extraño e incluso arriesgado.

La Transfiguración ocurre después de que Jesús habla sobre el sufrimiento. Pedro se resistió a ese mensaje. Prefirió la gloria sin esfuerzo. En nuestros propios caminos, podemos desear la sanación sin incomodidad. Sin embargo, el reaprender conductas y el trabajo de poner límites, muchas veces conllevan enfrentarse al miedo, a la decepción o al duelo, que llevaban mucho tiempo enterrados.

Tomar nuestra cruz diaria puede significar hablar con honestidad en lugar de complacer a los demás, reposar en vez de trabajar en exceso o pedir ayuda en lugar de manejar todo por nuestra cuenta. Estas decisiones pueden parecer pequeñas, pero poco a poco remodelan nuestra identidad.

La luz en el monte elevado nos recuerda que nuestra historia no termina en la disfunción. Somos hijos e hijas amados de Dios. La Cuaresma nos invita a tener de nuevo esa identidad en la vida cotidiana, confiando en que Cristo camina con nosotros en cada paso de este crecimiento.

No permanecemos en el monte. Descendemos con esperanza, escuchando la voz de Dios y confiando en que la transformación se produce en cada decisión honesta que tomamos.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

■ ¿Cuándo has experimentado momentos de claridad durante tu recuperación, que se sintieron como estar en la cima del monte?

■ ¿En qué aspectos te cuesta llevar esa visión de regreso a la vida diaria?

■ ¿Cómo entiendes durante este tiempo el mandato de escuchar a Cristo, mientras superas viejas conductas?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Génesis 12:1-4a0

SAL. RESP. Salmo 33:4-5, 18-19, 20, 22

SEGUNDA LECTURA 2 Timoteo 1:8b-10

EVANGELIO Mateo 17:1-9

